

# VER DAD

Francisco Pino

Querido amigo:

Deseo que al recibo de la presente te encuentres bien, nosotros no nos podemos quejar: la salud y el poema en la mesilla de noche nos acompañan por el momento.

Como te decía en mi anterior carta, la revista de poesía ZURGAI acerca en sus páginas una muestra significativa de lo que, como si una marca se tratara, es conocida como Poesía Visual. Junto a las piezas que aderezan este número quisiera adelantarte, con esta carta que te escribo desde el parque levantado cerca de casa, unas cuantas notas que he ido hilvanando estos días.

El bullicio de los niños jugando, con sus voces, carreras y tropiezos, me hace recordar el camino emprendido por los poetas, que, comprometidos con un lenguaje novedoso y no siempre fácil, buscan nuevos códigos de expresión bajo el soporte de la imagen y la palabra. Los años del desierto, por falta de publicaciones y canales de comunicación, fueron superados en largas estancias en el oasis del silencio con obras, nuevas, que intentaban acomodar la expresión poética al tiempo real con la precisión del amanuense.

Los poetas que se muestran no tienen la suerte de “despojarse de ropaje y equipaje”, y vivir, como haces tú, ensimismados en cielos coloreados por la luz y el aire, o la tierra que te rodea, sino que su propósito es recorrer vías de un lenguaje emprendido hace mucho tiempo. Comprendo que no hay necesidad de decir cuando uno está sumido en la contemplación, y el pensamiento se diluye, poco a poco, como un azucarillo o un suspiro, pero estas obras, originales y mestizas, están íntimamente ligadas a la realidad que vemos.

Casi todos estos autores viven en la ciudad, rodeados de objetos y llamadas, señales abundantes, en un crisol de información, donde el recuerdo y la memoria se mezclan con utensilios y recados publicitarios en un buzón atiborrado de papeles y lisonjas. El poeta se ve sorprendido cuando, de un día a otro, su cajón rebosa recortes, objetos encontrados, trozos de periódicos y un sin fin de billetes, envoltorios y recuerdos de viaje.

Un día el autor se levanta y abre el cajón: algo atrae su atención y lo recoge, lo mira, y lo sitúa junto a otra pieza que tiene, o no tiene, que ver con la primera; una letra, una palabra, una fotografía o cualquier cosa, son ahora briznas de poesía que se amalgaman como la colada se mezcla con otros minerales para producir acero.

Es posible que la poesía, como una halo que todo lo impregna, nos rodee y esté llamando sin parar a la puerta de casa. Quizás sólo con mover el pasamanos, y abrir, sea suficiente para verla, y recoger noticias queridas o no. Luego, ir al cajón de nuestro lenguaje y escribir, pegar en un papel o golpear una tecla, para construir algo diferente, como hace el aprendiz cuando una idea pasa delante de sus ojos.

Creo que la poesía de los objetos cercanos, domésticos incluso, conocidos por comunes, ayuda a reflexionar sobre el ser y el devenir como si el poema se masticase como el tiempo, preciso, y se dotara de una carga que no se imaginaba cuando fue construido. La lectura de una revista o un libro dejan recados que la mente procesa y ordena casi sin darse cuenta. Por eso no desmerece que la mesa de la cocina o el sofá sean el lugar idóneo para realizar estas obras en que vida y poesía se dan la mano.

No quiero terminar esta misiva sin decirte que los poemas que te envío no son todos; que, sin duda, hay otros, tan interesantes por sus propuestas, como los que forman esta primera serie; que habrá más y que, con el tiempo, podremos disfrutarlos en compañía de un vaso de vino y un plato con el queso que tanto te gusta. Espero tus palabras y tus comentarios. No olvides dar recado de la revista a los amigos de allá. Desde aquí mandarte un abrazo y un saco de parabienes. Saludos cordiales.

*Francisco Aliseda*